

RICARDO ALDANA, S. DE J.

*FORMACIÓN DEL LAICO*

Edita  
FUNDACIÓN MAIOR  
Desengaño 10, 3º- A  
28004 Madrid  
Teléf. 914227695  
[www.maior.es](http://www.maior.es)  
e-mail: [info@maior.es](mailto:info@maior.es)

© FUNDACIÓN MAIOR  
ISBN:  
Depósito legal:

Imprime  
Ediciones Gráficas ORMAG  
Avda. de la Industria, 8. Nave 28  
28108 Alcobendas (Madrid)  
Teléfs. 91 661 78 58 – 91 661 84 81  
e-mail: [ormag@graficasormag.com](mailto:ormag@graficasormag.com)

La **Fundación Maior** es una entidad sin ánimo de lucro que tiene por finalidad principal la formación integral de la persona. Propone con especial interés la contemplación de la Belleza que despierta y mantiene en el individuo el gusto, la comprensión y la fascinación por el arte, la literatura, la música, y por otras expresiones y valores propios de la cultura cristiana, así como de otras manifestaciones culturales enriquecedoras.

## ***ÍNDICE***

---

Págs.

PRESENTACIÓN .....	
1.- PRESUPUESTOS .....	
2.- PLANTEAMIENTOS INSUFICIENTES .....	
3.- LA TENSIÓN FUNDAMENTAL .....	
4.- UN PROGRAMA DE FORMACIÓN .....	
5.- EL MÉTODO DE LA FORMACIÓN .....	
6.- EL CONTENIDO DE LA FORMACIÓN .....	
7.- VIDA EN LA MISIÓN .....	

## Introducción

*La formación del laico* es una expresión que claramente indica de qué se quiere tratar cuando se la utiliza como título. Pero en cuanto uno quiere precisar qué se entiende por formación y que se entiende por laico, las cosas no son tan evidentes. Por eso parece conveniente explicarse al respecto de modo introductorio. Es claro también que nos referimos a la formación cristiana. De momento habrá que prescindir de una delimitación precisa de un tipo de formación cristiana distinto de otros tipos de ella. No es sutileza excesiva evitar la pura clasificación lógica de una división del concepto formación cristiana en especificidades: laical, sacerdotal, de vida consagrada, matrimonial... Al menos hay que hacerlo antes de que la evidencia misma de los contenidos de la formación pida la separación de las clases.

Todos pueden hacerse una idea de lo que es un hombre *formado*. En esa idea, de modo más o menos consciente, se encierra la idea de una *forma* que el hombre formado o posee o transmite o, mejor, posee y transmite. Un hombre formado, en efecto, es el que puede comunicar a los asuntos que trata la forma que considera adecuada a ellas. El artesano trabaja la madera e impone sobre ella una forma. O más bien no la impone, sino que la educa, la hace surgir de las posibilidades de la madera misma, como dice la filosofía clásica. Imponer puede sonar a una violencia que no parece ser adecuada a algo como la formación. La filosofía antigua insiste en la necesidad de seguir un *lógos*, un modo de ser propio de las cosas que el hombre no ha diseñado. Y en esto continuará siendo insuperable. ¡Qué serenidad la que nace de la certeza de que las cosas son lo que deben ser! ¡Qué superación de la preocupación mezquina y del exceso en el esfuerzo la que tiene lugar cuando la vida se ha de vivir en la paz de la consistencia final de las cosas, que uno no ha creado! La sabiduría antigua que Platón, y más aun, Epicteto o Plotino han expresado en modo filosófico, y que permite vivir de un Bien mayor del que podemos hacer, no deberá perder su vigencia entre los hombres. Pero estas altas certezas no dejan de ser penúltimas, y cabe la necesidad de buscar para ellas aun un fundamento más santo. Y en la educación de la forma se manifiesta el límite: ¿por qué ha de ser así? ¿no es acaso sólo por que yo, que trabajo las cosas buscando su forma, además las custodio con un *poder* divino? Éste el primer sentido del poder dado por el Creador a Adán, para «someter la tierra». Si él es «imagen y semejanza de Dios» (Gen 1, 27), es porque, según el primer sentido de la expresión en el contexto de Gen 1, es el «selem», la imagen corpórea, que representa visiblemente a Elohim (Dios) y que puede hacer, a partir del séptimo día en el que Elohim descansa, la tarea de Él, que era, durante los días precedentes, la de ordenar el caos y las cosas «según su especie», según su propio orden, establecido por Él mismo.

Con todo esto, la idea de la formación se ha complicado un poco. El hombre formado es el que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios para

hacer lo que Dios hacía, que era dar forma en medio de fuerzas que, sin esa intervención divina y, después, divina y humana, se pierden en lo informe de la confusión. Y aun hay que preguntarse acerca de este actuar humano con Dios, pues la desproporción es tal que no parece sostenible sino de modo muy matizado, casi sólo como un metáfora sobre la dignidad del trabajo humano, que, en el momento de pedir cuenta de su condición ontológica, deberá dejar el lugar, de nuevo, a la duda: ¿puede Dios realmente dar al hombre algo de su poder para que éste lo emplee según sus designios? ¿No hay que conservar las distancias? La tendencia de la filosofía antigua será la de convertirse en religión de la unidad de Dios, de Dios en sí mismo y de todas las cosas en Dios. La formación habría sido, al final, cosa exclusiva de Dios. Pero la manifestación del designio de Dios en su Hijo, es a la vez consolidación del designio sobre la creación de Adán y revelación del sentido de esa creación, porque «todo fue creado por Él y sin Él nada fue hecho de cuanto ha sido creado» (Jn 1, 3): «la palabra es en el origen [el Padre], por tanto todo origen [de la creación] procede de la palabra. También el origen del mundo está en la palabra y nada de lo que se origina en el mundo, se origina fuera de la palabra. En Dios, en la Trinidad, la palabra es el sentido, la claridad, el carácter, la forma, la expresión del Ser divino. Por la palabra se expresa Dios a sí mismo... Ya que el mundo es una expresión y una imagen de Dios, su fundamento y su esencia sólo pueden fundarse en la palabra. Su esencia más interior reposa en la palabra y es comprensible sólo como palabra. La relación entre el Dios y la creatura se representa en la esencia del lenguaje: es pregunta, reflexión y respuesta. Pregunta de Dios a la creatura en la palabra, recepción reflexiva de la palabra de Dios por parte de la creatura, y respuesta de la creatura a la pregunta hecha por Dios en la palabra»<sup>1</sup>.

La obra del Padre es obra de su Hijo, en su condición de Palabra. Al hacerse hombre, sigue siendo la Palabra eterna en la que todas las cosas han sido creadas, y que ahora se expresa humanamente. Ahora bien, puesto que Él ha comunicado esta condición suya a los hombres, no de modo genérico (como género humano) sino personal, cada uno puede realmente poner un sello divino y propio en las cosas, y de este modo puede ser realmente imagen de Dios que comunica la intención de Dios al mundo, con poder hasta cierto punto infalible. Siempre y sólo en Cristo.

Pero con todo esto sólo se ha tocado uno de los aspectos que se contienen en la expresión “un hombre formado”, el de la capacidad de transmitir una forma. Y esta capacidad supone que el hombre posee él mismo una forma que lo hace capaz de dar forma. Empezar por la obra en lugar de empezar por el sujeto que la realiza corresponde simplemente a la descripción de Gen 1. Para poder comenzar por el sujeto haría falta mirar más bien a Gen 2: allí la forma de Adán

---

<sup>1</sup> Adrienne von Speyr, *El Verbo se hace carne*, Rafaela 2005, 36.

es descrita precisamente como trabajo artesanal de Dios, y la forma completa del hombre exige que éste deba sufrir una herida en el costado para dar espacio a lo otro de sí mismo, sin lo cual él no es todo lo que es: Eva. Ella posee la forma, porque empieza a ser ya formada; él debe ser desgarrado para adquirir su forma completa. Ella es más plenamente la humanidad, pero sólo a partir del vacío que Dios ha creado en él. Él debe encontrar la forma propia en lo que sale de sí mismo, ella debe vivir en la forma lo que es propio de los dos, porque es carne de Adán siendo ella misma. En fin, Eva nace formada a partir de la "deformación" de Adán, al que tiene frente a sí desde el principio. Adán tiene que abandonarse en Dios para que Él elabore su forma mediante una fecundidad que no es potencia, sino abandono. Dios seguirá haciendo fecunda su carne mediante la entrega abandonada de él al sueño que Dios le induce, el sueño del amor divino, para encontrar el amor humano sólo en la acción de Dios; ella está ya desde siempre en el estado de entrega, ha nacido del amor divino y del amor humano. Por eso la forma es en ella más expresiva. Se ha hecho notar que los nombres de alta dignidad humana son sustantivos abstractos femeninos: su alteza, su santidad, su señoría, su merced. Por eso, humorísticamente dice Chesterton que cuando el sacerdote, el rey o el juez quieren ejercer la autoridad, se han de poner faldas. En la Biblia, el predicador por excelencia (Eclesiastés) se designa también con un participio femenino, Qohelet. Pero esta plenitud formal supone la herida y el sueño de Adán. En definitiva, supone el sueño del nuevo Adán en la cruz y la herida de su costado. De ahí nace la nueva Eva, aunque ya está al pie de la cruz (María). En la nueva Eva, que es la Iglesia, cada uno encontrará su forma definitiva, personal, no sólo genérica. Así cada uno será hijo de Padre, libre para ser él mismo en el Espíritu de filiación, en el amor.

A todo esto apunta la expresión "formación cristiana", y, vista así, queda evidentemente como obra de Dios, no de los hombres. Sobre esto se dirá algo en seguida. Por ahora interesa más entrar en la otra evidencia que pone el título, y que, apenas uno se pregunta un poco por ella, se desdibuja como evidencia. Porque, en definitiva, la palabra laico, ¿qué puede significar? Sin entrar ahora en una explicación de los estados cristianos de vida, hay que hacer alguna distinción. La formación del laico es una cuestión aparentemente muy práctica. Pero realmente lo es sólo si se presupone ya, de modo más o menos consciente, una estructura de formación en la que hay unos formadores especializados (sacerdotes o personal que ha recibido la misma o análoga preparación que los candidatos al sacerdocio) y unos sujetos que la reciben, los laicos. Pero, ¿y si esta estructura no corresponde, o al menos no es la única que puede corresponder a lo anteriormente descrito, es decir, a la transmisión y la recepción del forma cristiana? Esto sin que se tenga ni se pueda poner en duda la necesidad del ministerio sacerdotal en la Iglesia, con sus funciones

específicamente propias, entre las que está la de enseñar<sup>2</sup>. Pero la enseñanza, y la formación que implica, autorizada por el ministerio no es *toda* la enseñanza en la Iglesia, aunque toda debe someterse al juicio del ministerio, tanto más cuanto más centralmente se trata de « la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida».

La cuestión central no es la de las competencias en la formación. Es más bien la de cómo se ha de adquirir en el estado laical la forma de Cristo. Sólo después pueden delimitarse las responsabilidades. Por ahora, lo esencial es establecer que la forma de Cristo sólo la puede dar Él mismo. Si los sacerdotes deben ser «modelos (typoi) del rebaño» (1 Pe 5, 3) y ejercer sobre los fieles una verdadera acción configuradora, esto es siempre como transparencia del «supremo Pastor (archipoiménos)» (v. 4), el único que ha dado la vida por las ovejas, más aun, que posee el título de Pastor como su identidad propia («Yo soy el Buen Pastor» Jn 10, 11) y que no puede ser puesto simplemente “junto a” los pastores de la Iglesia: «¿acaso Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿Habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?» (1 Cor 1, 13). La inmediatez de la acción de Cristo sobre cada hombre es la condición de la eficacia de su redención; la mediación ministerial y, en general, eclesial, no oscurece esta inmediatez. Sólo Él es el nuevo Adán cuya forma ha de prevalecer en cada hombre. Es su costado el que ha sido abierto para que de su carne Dios pudiera formar la nueva Eva. De su “informidad” como crucificado, surge la forma definitiva de cada uno. Su entrega personal, carnal y espiritual, es humana en obediencia inmediata a su entrega como Dios al Padre por nosotros. Esta entrega es Él mismo que se hace semilla, semen, de la vida eterna, depositado en el seno virginal de la Iglesia.

---

<sup>2</sup> La constitución *Lumen Gentium* y el decreto *Christus Dominus*, del Concilio Vaticano II, han situado, en conformidad con la tradición, el magisterio como función primordial del episcopado. Los sacerdotes colaboran con los Obispos en esta tarea. Este magisterio –munus docendi- no puede cubrir todos los aspectos de la formación cristiana. La idea central de la Acción Católica de incorporar a los laicos en las tareas del Obispo, nace de y refuerza la convicción de que hay una Iglesia docente y una Iglesia discente, una Iglesia que enseña y una Iglesia que aprende. Pero esto tiene que ser limitado estrictamente al ámbito de la competencia del ministerio sagrado. «Entre los oficios principales de los Obispos se destaca la predicación del Evangelio. Porque los Obispos son los pregoneros de la fe que ganan nuevos discípulos para Cristo y son los maestros auténticos, es decir, herederos de la autoridad de Cristo, que predicán al pueblo que les ha sido encomendado la fe que ha de creerse y ha de aplicarse a la vida, la ilustran con la luz del Espíritu Santo, extrayendo del tesoro de la Revelación las cosas nuevas y las cosas viejas (cf. Mt., 13,52), la hacen fructificar y con vigilancia apartan de la grey los errores que la amenazan (cf. 2Tim., 4,1-4)» *Lumen gentium* 25. Ante –no contra- esta función del ministerio eclesial, hay que tener en cuenta que la contemplación de la Palabra de Dios en la Iglesia, que conforma la Sagrada Tradición, es algo más amplio: «Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo: puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios» *Dei Verbum* 8.

Esta acción varonil de Cristo, que tiene lugar precisamente como pasión impotente, no como actividad poderosa, es honrada por cada uno en la Iglesia al recibirla como la autodonación del Esposo, que da forma a la apertura de la Esposa y la convierte en colaboradora en la conformación de los hombres en quienes ha de habitar la vida eterna. Los acentos de sponsalidad femenina no excluyen, sino que hacen posibles, los de la amistad varonil con Cristo, la cooperación del amigo del Esposo (cf. Jn 3, 29) y el afecto del amor viril (cf. Jn 13, 23). Femeninamente se recibe la donación del Esposo para acoger la vida que trasmite, que es ya cada uno de los receptores, siempre que la reciba en la disponibilidad de trasmitirla a su vez. Varonilmente se entrega al Esposo, como amigos suyos, toda la capacidad personal de engendrar, para que Él pueda administrarla en su condición de Esposo único. Pero entre los cristianos los acentos femenino y masculino entran en el misterio personal de cada uno, no son ya simplemente datos de la naturaleza; la condición femenina, corporal y espiritual, adquiere en cada mujer cristiana un talante original, imprevisible, ligado a la vez a la naturaleza física del ser mujer y a la novedad de la vida eterna en ella. Análogamente vale lo mismo para el varón. La mujer da a luz la vida que viene del Esposo, el varón engendra con Él. En ambos casos se requiere primero la recepción, en posición femenina, de su acción sobre cada uno, pero en una posición femenina que hay que entender a la luz de los acontecimientos del Calvario: la entrega humillada del Esposo que da su vida por su Iglesia (cf. Ef 5, 25), que deja al Padre del Cielo la solución de todo. La forma personal que adquiere todo esto en cada uno, es obra del Espíritu Santo, es imprevisible en sus rasgos más personalmente definitorios, si bien es reconocible como forma cristiana.

Valga esta introducción para poner la base de un misterio insondable en toda su profundidad. En seguida, habrá que sentar algunos presupuestos que no podrán ser tratados, pero que serán indispensables junto a la base de la acción y la pasión de Dios por cada uno, como último secreto de su forma.